

otros cien sacerdotes; y que habiendo sido recibido en un convento de su orden, los superiores le enviaron despues como misionero á la Tierra Santa. Yo le pregunté si tenia deseos de volver á su patria y si queria escribir á su familia, y me respondió con estas mismas palabras: “¿Y quién se acordará todavía de mí en Francia? ¿sé yo por ventura si tengo algun hermano? Espero obtener por los méritos del Pesebre del Salvador, la fortaleza necesaria para morir aquí sin ser molesto á nadie, ni pensar en un país que me ha olvidado ya.”

El padre Clemente se vió precisado á retirarse, porque mi presencia habia despertado en su corazon afectos que se esforzaba en sofocar: tal es el destino del hombre. Un francés llora hoy porque se ve desterrado de su patria en el mismo país en que tan tristes recuerdos inspiraron en otro tiempo el cántico mas bello sobre el amor á la patria.

Super flumina Babylonis, etc.

Pero estos hijos de Aaron que colgaron sus arpas de los sauces de Babilonia, no todos volvieron á la ciudad de David; estas hijas de Judea que esclamaban en las orillas del Eufrates:

¡O rives du Jourdain! ¡ó champs aimés des cieux! etc.

estas compañeras de Esther, no todas volvieron á ver á Emaus y Bethel, y muchas dejaron sus restos en los campos de su cautividad.

A las diez de la mañana montamos á caballo y salimos de Betlem. Seis árabes betlemitas á pié y armados de puñales y de largos fusiles de mecna, formaban nuestra es-

colta: delante iban tres, y otros tres detrás de nuestros caballos, y tambien llevábamos un asno con el agua y las provisiones. Tomamos el camino del monasterio de San Sabas, desde donde debiamos despues bajar al mar Muerto, y volver luego por el Jordan.

Seguimos primero el valle de Betlem, que se extiende hácia Levante, como ya he indicado mas arriba. Pasamos por las faldas de unas montañas, y á la derecha ví una viña recientemente plantada, cosa muy estraña en aquel país. Llegamos á una cueva llamada la *Cueva de los Pastores*, y los árabes la llaman *Dta-el-Natour*, Aldea de los Pastores. Dícese que aquí pastaban los ganados de Abraham, y que aquí se hallaban tambien los pastores de Judea, á quienes los ángeles anunciaron el nacimiento del Salvador.

“En aquellos alrededores habia unos pastores que dormian en el campo, guardando alternativamente su rebaño durante la noche.

“Se les apareció de repente un ángel del Señor, rodeándoles con una luz divina, lo cual les causó estremado espanto.

“Pero el ángel les dijo: No temais, pues vengo á anunciaros una nueva, que será para todo el pueblo motivo de gran gozo.

“Y es, que hoy os ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es el Cristo, el Señor.

“Y esta será la señal: hallareis al niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.

“Al mismo tiempo se juntó con el ángel una muchedumbre de la milicia celestial alabando á Dios, y diciendo:

“Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.”

La piedad de los fieles ha convertido esta cueva en una capilla, que debió tener magníficos adornos; porque todavía ví tres capiteles de orden corintio, y otros dos de orden jónico: es muy notable hallar aquí estos últimos, porque después del siglo de Santa Elena ya no se ve mas que el orden corintio.

Saliendo de esta cueva y siguiendo siempre la dirección al Oriente, cuarta al Mediodía, dejamos las montañas rojizas para entrar en una cordillera de otras blanquizas. Nuestros caballos se atollaban en una tierra blanca y gredosa, formada de los destrozos de una roca caliza. Todo aquel terreno estaba tan horriblemente desnudo, que solo se veían de trecho en trecho algunas plantas espinosas casi secas, y como cubiertas de polvo, como los árboles de nuestros caminos reales durante el verano.

Al revolver de una de aquellas montañas, nos hallamos con dos campamentos beduinos; el uno de ellos constaba de siete tiendas de pieles de ovejas negras, formando una especie de cuadrilongo, y el otro de unas doce tiendas colocadas en círculo. Allí cerca se veían pastando algunos camellos y yeguas.

Ya era tarde para volver atrás, y así tuvimos que armarnos de valor y pasar por el segundo campamento. Al principio no hubo dificultad, pues los árabes tocaron la mano de los betlemitas y la barba de Alí-Agá. Pero apenas pasamos por las últimas tiendas, cuando un beduino detuvo el asno que llevaba las provisiones. Los betlemitas trataron de rechazarlo, y él llamó en su auxilio á sus compañeros, que de un brinco montaron á caballo, se armaron, y nos cercaron en seguida. Allí pudo sosegarlo todo dándonos algun dinero, pues aquellos árabes exigen un derecho de pasaje, creyendo tal vez que el desierto es un camino



XXVII.

real; en fin, cada uno es amo de su casa, pero esto no era mas que el principio de un lance mas sério.

Una legua mas allá, bajando por la espalda de un monte, descubrimos la punta de dos elevadas torres, que salian de un profundo valle, y eran del convento de San Sabas. Estando ya cerca, otra cuadrilla de árabes, emboscados en un mas hondo de un barranco, se lanzó sobre nosotros dando terribles aullidos. Al instante vimos volar las piedras, brillar los puñales y apuntar los fusiles. Allí se lanzó en medio de la liza, y todos fuimos corriendo en su favor: cogió por las barbas al capitán de los beduinos, le arrojó á los piés de su caballo, y le amenazó que acabaria con él si no contenia á aquellos foragidos. Entre tanto, un religioso griego, asomado en lo alto de la torre, gritaba procurando ponernos en páz. De este modo llegamos á la puerta del convento, y los religiosos que estaban dentro daban vuelta á la llave muy despacio, pues temian robasen el convento en medio de aquel desórden. Cansado el genízaro de tal tardanza, se enfurecia á la vez contra los religiosos y contra los árabes. En fin, echó mano á su sable, é iba ya á cortar de un tajo la cabeza del capitán de los beduinos, á quien con extraordinaria fuerza tenia siempre asido de las barbas, cuando se abrió el convento: todos revueltos nos metimos en un patio, y al instante se cerró la puerta, con lo que se encrespó la pelea: no estábamos todavía en lo interior del convento, pues habia que atravesar otro patio, y esta puerta no se habia abierto aún. Nos encontramos, pues, apiñados en un corto espacio, hiriéndonos con nuestras propias armas, al mismo tiempo que nuestros caballos se habian enfurecido con el ruido. Allí dijo que me habia libertado de una puñalada que un árabe me dirigia por la espalda, y enseñaba su mano ensangrentada. Pero aunque

Alí era muy bravo, codiciaba tambien el dinero, como buen turco. Abrióse, en fin, la última puerta del monasterio; salió el superior de los religiosos, dijo algunas palabras, y todo se apaciguó. Entonces supimos el motivo de la disputa.

Los últimos árabes que nos habian atacado pertenecen á una tribu que pretende tener exclusivamente el derecho de escoltar á los viajeros que van á San Sabas; mas los bethlemitas, que deseaban ganar el dinero de la escolta, y querian sostener la fama que tenian de valientes, no habian querido ceder. El superior del monasterio prometió que yo pagaria á los beduinos, y con esto quedó todo arreglado. Yo no queria darles nada para castigarles; pero Alí-Agá me hizo entender que si me obstinaba en ello, jamás llegaríamos al Jordan, pues aquellos árabes llamarían otras tribus, y seríamos irremisiblemente asesinados, y que por esta razon no habia querido matar á aquel capitan, pues si hubiera derramado su sangre, no nos quedaba otro medio de salvarnos que el de volver inmediatamente á Jerusalem.

No creo que aun los conventos de Sceté estén situados en parajes mas tristes y solitarios que el de San Sabas. Se halla en el mismo cauce del torrente del Cedron, cuya profundidad será allí de trescientos á cuatrocientos piés. El torrente está seco, y solo por la primavera lleva algun agua rojiza y cenagosa. La iglesia ocupa una pequeña eminencia que hay en lo hondo del torrente, y desde allí se van elevando los departamentos del monasterio, por medio de escaleras perpendiculares practicadas en la misma peña; y de este modo suben hasta la caída del monte, donde terminan en dos torres cuadradas. La una de ellas está fuera del convento y servia en otro tiempo de atalaya pa-

ra descubrir á los árabes. Desde lo alto de estas torres se ven las estériles cimas de las montañas de Judea, y á sus piés el árido cauce del torrente de Cedron, donde están las grutas que habitaron los primeros anacoretas. Ahora anidan en ellas algunas palomas azules, que con su triste arrullo, su inocencia y candor, parecen recordar aquellos santos que en otros días poblaron aquellas rocas. No debo olvidar la palmera que crece en una pared de una azotea del convento, y creo que todos los viajeros reparan en ella como yo, porque consuela encontrar algunas hojas verdes en sitios tan áridos y escabrosos.

El que desee instruirse en la parte histórica del convento de San Sabas, puede leer la carta del padre Neret, y la *Vida de los padres del desierto*. Se ven en este monasterio tres ó cuatro mil calaveras, que son de los religiosos asesinados por los infieles. Los monges me dejaron pasar un cuarto de hora contemplándolas, como si adivinasen que yo intentaba pintar algun dia el estado del alma de los solitarios de la Tebaida. Pero aun me causa pena el acordarme de que uno de aquellos religiosos quiso hablarme de política y descubrirme las secretas intenciones de la corte de Rusia. “¡Ah, padre mio! le dije; si aquí no hallais la paz, ¿dónde ireis á buscarla?”

Salimos del convento á las tres de la tarde, y subiendo el torrente del Cedron, volvimos á tomar nuestro camino hácia Levante. Por una abertura de las montañas descubrimos á Jerusalem: yo no sabia lo que estaba viendo, porque me parecia un monton de rocas hechas pedazos. La súbita aparicion de esta ciudad de desolaciones en medio de tan horrible soledad, no podia menos de causarme espanto: verdaderamente era la reina del desierto.

Seguimos nuestro camino: las montañas presentaban el

mismo aspecto, siendo siempre blanquizcas y polvorosas, sin árboles, sin yerbas, ni aun musgo ni sombra alguna. A las cuatro y media bajamos de la encumbrada cordillera de estos montes á otra menos elevada. Durante cincuenta minutos anduvimos por una eminencia siempre igual, y llegamos por fin á las últimas montañas que ciñen al Occidente el valle del Jordán y las aguas del mar Muerto. Iba ya á ponerse el sol, y nos apeamos para que descansasen los caballos, con lo que pude contemplar á mi placer el lago, el valle y el río.

Cuando se habla de un valle, se le considera cultivado ó inculto: si es cultivado, se halla cubierto de sembrados, de viñas, de ganados y de aldeas: si inculto, tiene prados ó bosques: si le baña un río, éste forma sus recodos, y las colinas tienen también sus revueltas, cuya perspectiva fija agradablemente la atención de los viajeros.

Pero nada de esto se halla aquí; pues es preciso figurarse dos largas cordilleras de montes, que corren paralelas desde el Septentrion al Mediodía, sin recodo alguno. La cordillera de Levante, llamada *Montaña de Arabia*, es la mas alta; y vista á distancia de ocho ó diez leguas, se diría que es una muralla perpendicular, en todo semejante al Jura por su forma y su color azulado, sin distinguirse en ella cumbre ó punta alguna, y solo sí varias ligeras inflexiones, como si la mano del pintor que tiró esta línea horizontal sobre el cielo, hubiese temblado en algunas partes.¹

La cordillera de Poniente pertenece á las montañas de Judea, y es menos elevada y mas desigual que la del Orien-

¹ Todas estas descripciones del mar Muerto y del Jordán se hallan en el libro XIX de los *Mártires*; pero como el asunto es importante y yo he añadido mucho á estas descripciones, no he dudado repetir las.

te, de la que se diferencia también en su formación, pues se compone de grandes masas de greda y arena, que tienen una semejanza informe con haces de armas ó banderas plegadas, ó con tiendas de campaña puestas á la orilla de alguna llanura. Al contrario, por la parte de Arabia forman rocas negras y cortadas á pico, que extienden su sombra á lo lejos sobre las aguas del mar Muerto. El mas pequeño pajarillo no encontraría entre las grietas de aquellas rocas una hebra de yerba con que alimentarse: todo, en fin, indica la patria de un pueblo réprobo; todo parece respirar aún el horroroso incesto de que procedieron Ammon y Moab.

El valle que forman estas dos cordilleras de montes, presenta un terreno semejante al suelo de un mar que se hubiese retirado de él mucho tiempo antes, pues se ven playas de sal, un légamo seco, y arenas movedizas y como surcadas por las olas. De cuando en cuando se hallan algunos miserables arbustos que difícilmente se arrastran sobre una tierra privada de todo principio de vida: sus hojas están cubiertas de la sal con que se han alimentado, y su corteza tiene el color y el gusto del humo. En lugar de aldeas se descubren las ruinas de algunos torreones. Por en medio de este valle pasa un río, cuyas aguas no tienen color alguno, y parece que se arrastran con pena hasta el pestífero lago que las sorbe. No se distingue su curso en medio de la arena, sino por los sauces y cañizares de su orilla, y entre ellos se oculta el árabe en acecho para acometer al viajero y robar al peregrino.

Tales son estos lugares, famosos por las bendiciones y maldiciones del cielo: este es el río Jordán; este lago es el mar Muerto: parece cristalino; pero también parece que las ciudades culpables que oculta en su seno han envenenado